

El Josefino

Nº 79 Julio 2025
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

EL
ROSARIO Y
SAN JOSÉ

Pág. 10

VENERABLE
MARÍA TERESA
GONZÁLEZ
QUEVEDO Y
SAN JOSÉ

Pág. 12

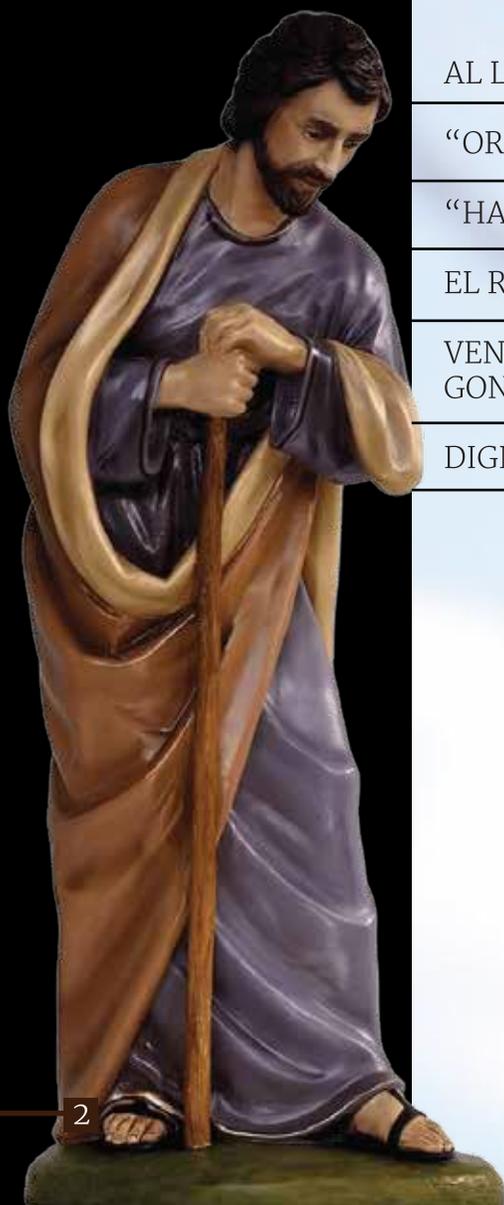
*"Eres fuente de jardín,
pozo de aguas vivas".*

(Cant. 4, 15)

SUMARIO

... Al lector...

	Pág.
AL LECTOR	3
“ORACIÓN A SAN JOSÉ”	4
“HACIA LAS CUMBRES”	6
EL ROSARIO Y SAN JOSÉ	10
VENERABLE MARÍA TERESA GONZÁLEZ QUEVEDO Y SAN JOSÉ	12
DIGNIDAD Y SANTIDAD DE SAN JOSÉ	14



Estimados Josefinos:

San José es de una altura única ante Dios porque fue divinamente predestinado ocupando, en la mente del Altísimo, un lugar privilegiado.

Cuanto se pensare de San José, jamás podrá igualar a sus méritos.

Ninguna elocuencia podrá decir demasiado de las alabanzas y prerrogativas de él.

Los Santos Evangelios afirman de él cuanto se puede afirmar cuando dicen: *José, el justo, el padre de Jesús, el padre legal de Jesús y el esposo de María.*

San José es el más justo por estar unido con Jesús más que todas las otras criaturas “justas”; *por la cercanía de su alma al autor de la gracia*, dice un escritor.

Jamás hubo alguno que hubiese poseído tanto al dulce Jesús y a su bendita Madre como San José, el cual vivió con ellos durante treinta años.

Después de Cristo, su hijo, a ningún hombre o criatura alguna amó tanto la Virgen Santísima como a San José.

A los hombres Dios les dio, en otro tiempo, su bendición; a Adán y Eva, el paraíso terrenal; a Abrahán, ser padre de los creyentes; a Moisés, las tablas de la ley; mas, a San José, Dios le dio a su propio Hijo, su Verbo increado.

¡Oh bienaventurado San José!: Vuestro cuerpo es el trono vivo de Dios, la carroza gloriosa que condujo al Divino Niño, el altar sagrado que llevaba la víctima de propiciación.

El Evangelio dice de San José cuanto puede decirse de más noble, santo, celestial y divino, porque nos afirma que San José fue todo de Dios como justo, todo de María como esposo suyo y todo de Jesús como su padre.

¡Ése fue, sencillamente, San José!

La Redacción.



Oración A SAN JOSÉ

ISeñor, Jesús!,
que nos ofrecéis
a San José
como modelo de la
verdadera devoción
a los Sagrados Corazones
de Jesús y de María,
y nos lo dais como
patrono en medio
de las pruebas que
afligen al mundo
y a la Iglesia!
Concedednos,
por su intercesión,
la gracia de llegar
a ser verdaderos hijos
de estos Sagrados Corazones
de Jesús y de María.
Os lo pedimos por el mismo
Jesucristo nuestro Señor, y por
la intercesión de San José.

Amén



Meditación JOSEFINA

“Hacia las cumbres”

Son muchos los que tienen una idea bien “curiosa” de la santidad. Es para ellos una cumbre tan alta que es casi inaccesible...

Tal vez el error de tantos, con esta idea, es que estén representándose la perfección como una cosa “extraordinaria”.

O, quizás, porque no sueñan más que con grandes ocasiones: *“Si se da el caso, seré mártir...”*... *“Si viene una persecución religiosa, yo me dejaré matar...”* o cosas por el estilo.

A lo mejor todo eso no sucederá jamás... ¿Pensaría eso mismo San José para llegar a la unión con Dios?... Para él la virtud, el amor a Dios, debían practicarse todos los días, en lo común, en lo ordinario, en lo trivial... En ese modo de vida divina que compenetraba y embecía toda su vida; en la sencillez, en lo rutinario.

¡No hay que ser un héroe intermitente, sino un valiente constante!

Es una ilusión andar soñando con acontecimientos trágicos que, regularmente

no se han de presentar, y dar al olvido la realidad concreta de cada día.

San José no era un soñador. No soñaba con ir a países lejanos para ser mártir de la verdad, ser ajusticiado por la fe... En ese diario vivir, encontrándose con personas de carácter áspero, oyendo palabras tal vez poco piadosas y alguna que otra “maldición”, encontraba él la forma de santificarse.

Como diría años después su pequeño pero ya crecido Jesús: *“El discípulo tiene que llevar su cruz...”* Pero no una cruz imaginaria, no la de otros, no la que me fabrico yo, sino *su cruz real... la de todos los días...*

Las acciones brillantes alimentarían, tal vez, nuestra vanidad; sin embargo, San José valoraba más el “oscuro deber de cada día”. Su santidad estaba formada de menudencias “sumadas”...

¿Queremos tener una idea justa de la vida perfecta, santa...? Observemos a nuestros tres Santos “Profesores”: Jesús, María y José.

¿Fueron en busca del brillo de las acciones sensacionales?...

¿Tan poca cosa era recoger virutas?...
¡Pues eso hacía Jesús!

¿Tan poca cosa era preparar la comida,
asear la casa, ir a la fuente?... ¡Pues eso
hacía la Virgen!

¿Tan poca cosa era ejercer el oficio de
carpintero?... Eso hacía San José.

No quisieron retirarse al desierto o a una
montaña salvaje para darse allí libre-
mente a la oración, a la austeridad.
Oraban, trabajaban en cosas muy
humildes que tenían que hacer. Ahí está
la verdadera santidad: Cumplir con las
obligaciones del estado de cada uno...
¡Pero con espíritu de fe!

Porque, Dios no mira solamente *lo que
hacemos*; mira sobre todo *cómo lo hace-
mos*... La santidad no depende necesaria-
mente del cargo, del empleo o de la
edad. Un simple fiel puede lograr tantos
méritos como un religioso, ya que el
hábito no hace al monje.

El Señor no atiende a si el cargo es
brillante, sino a si la manera de cumplir-
se es generosa, llena de amor a Dios ¡Qué
consolador pensar que todos podemos
santificarnos en nuestro oficio, por más
humilde que sea, como en la casita de
Nazaret!

Si Dios nos exigiese que, para alcanzar la
santidad, fuésemos doctores en teología,

que hiciésemos grandes penitencias,
que escribiésemos libros doctos, que
fuésemos misioneros, podríamos
responder: *Señor, yo no tengo talento,
salud, dinero...soy ama de casa y no puedo ir
lejos, a las misiones...*

Pero, para que seamos *perfectos, santos*,
nos pide sencillamente que cumplamos
las obligaciones de nuestro estado, y nos
presenta el triple modelo alentador de
Nazaret: Jesús, María y José, siempre
subiendo:

¡hacia las cumbres!

Mientras exista el Evangelio, estos tres Nombres serán inseparables hasta el fin de los tiempos. La Iglesia hará repetir en el altar las suaves palabras: *Jesús, María y José*. Dios escribió estos tres nombres en un libro de vida para significar que nosotros tenemos que escribirlos en nuestros corazones y unirlos a nuestros afectos.

Los Tres están asociados en una vida común, sufrimientos comunes, y podemos aplicarles, aunque en otro sentido, lo que se ha dicho de la Trinidad del Cielo: *Et hi tres unum sunt: "Los Tres son una sola cosa"*. San José liga a Jesús y María con lazos sagrados; tiene sobre Ellos un verdadero derecho: Jesús y María son en alguna manera "su propiedad". La esposa pertenece al esposo; hay entre los dos una donación total y cuanto más espiritual es la unión más fuerte y más perfecta es la donación. La unión de María con San José es toda espiritual. La unión es, pues, perfecta, la donación es total: María pertenece completamente a San José.

Para formar a María y a Jesús, Dios removi6 el cielo y la tierra, según la expresión del profeta: *Commovebo caelum et terram* (Ag 2, 7). La eternidad conmovióse en alguna manera para cumplir esta maravilla.

Y después de conmover Dios al universo, después de formar esas dos *Obras Maestras*, no quiso guardarlas para sí, sino que las dió a San José.

San Francisco de Sales nos propone una comparación: "*Supongamos que un*

espejo recibe directamente los rayos del sol y los refleja a otro espejo; aunque éste no los reciba directamente, los refleja con toda perfección. María es el espejo que recibe directamente los rayos del sol de justicia y José es el que los recibe de María. El esplendor de Cristo y el esplendor de la Santa Virgen pasarán a su alma para hacerla toda luminosa. Tal es la santidad incomparable de San José. Está asociado con Ellos en la obra de la salvación, formando parte de la Trinidad de Nazaret".

Toda la historia de su alma se resume en *siete dolores y siete alegrías*:

Los **Misterios de gozo** son como la superficie límpida donde se refleja el cielo sereno del alma de San José.

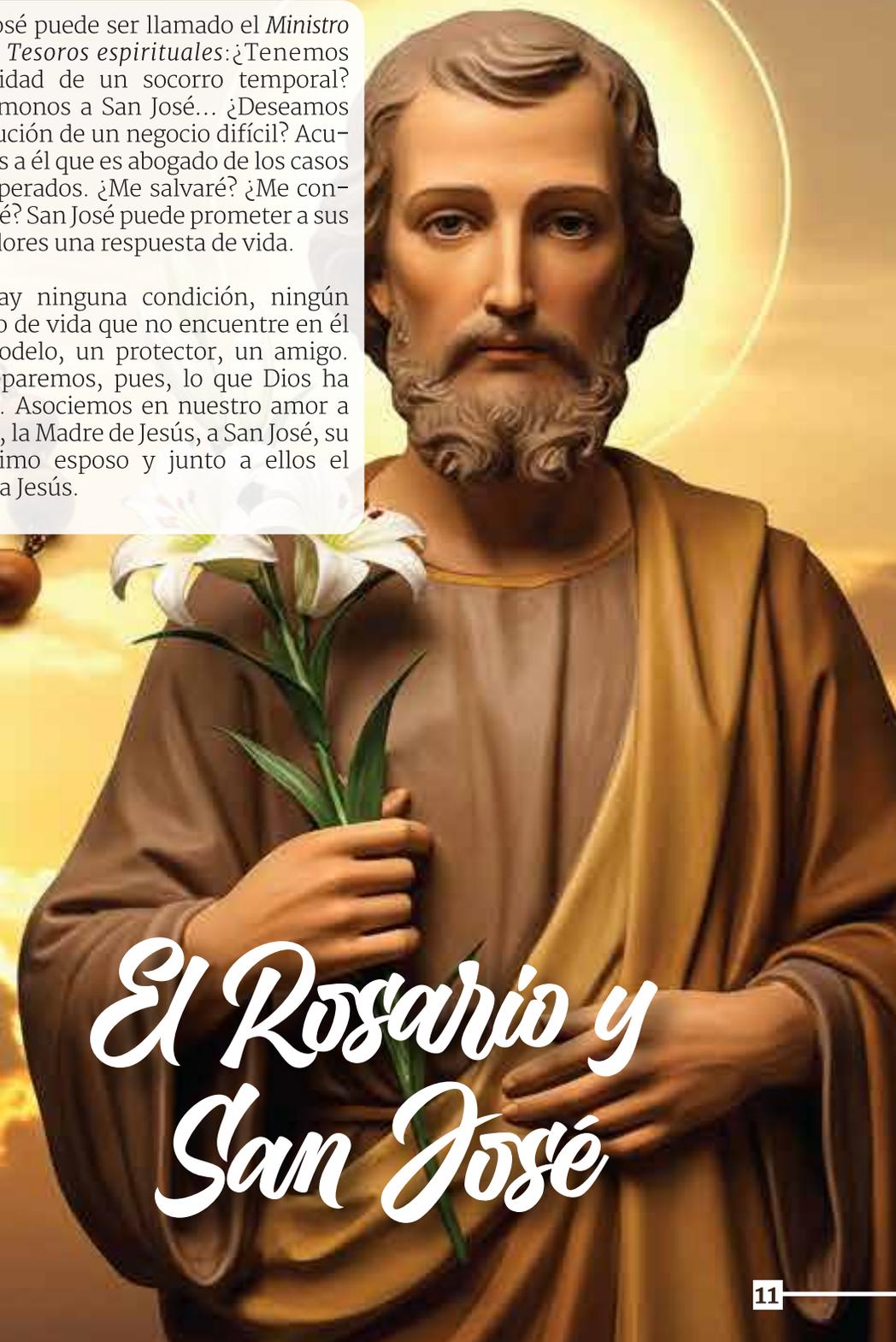
Pero el recuerdo del Santo Patriarca, **¿está ausente de los Misterios dolorosos?** Después de asistir a la muerte del Salvador, en la Crucifixión, acompañamos a su alma hasta el limbo de los justos. Allí, dulce visión, escena incomparable, ¡el alma de Jesús y el alma de San José se encuentran!

No acercamos a los **Misterios gloriosos**. Fue, sin duda alguna, uno de los que escoltaron el alma de Cristo cuando resucitó. El triunfo de Jesús fue también el triunfo de San José. Nuestro Señor dice a San José que se siente a su lado y confía el cuidado de su Iglesia a quien fue el protector de su infancia.

San José tiene en la Iglesia una misión análoga a la que le fue confiada en la Encarnación; debe continuar la misión tutelar que ejerció para con la familia de Nazaret: Guardián y protector de la Sagrada Familia, será el *guardián y protector* de la cristiandad.

San José puede ser llamado el *Ministro de los Tesoros espirituales*: ¿Tenemos necesidad de un socorro temporal? Dirijámonos a San José... ¿Deseamos la solución de un negocio difícil? Acudamos a él que es abogado de los casos desesperados. ¿Me salvaré? ¿Me condenaré? San José puede prometer a sus servidores una respuesta de vida.

No hay ninguna condición, ningún estado de vida que no encuentre en él un modelo, un protector, un amigo. No separemos, pues, lo que Dios ha unido. Asociemos en nuestro amor a María, la Madre de Jesús, a San José, su castísimo esposo y junto a ellos el amor a Jesús.



El Rosario y San José



María Teresa González Quevedo y San José

Venerable

La venerable María Teresa González Quevedo nació en Madrid, España, el 14 de abril de 1930. Fue la última de tres hermanos.

Al ser bautizada, le impusieron los nombres de María Teresa, Josefina y Justina. Precisamente, uno de sus nombres fue “Josefina” por un movimiento de especial devoción de su piadosa madre hacia el Santo Patriarca José. Ya, desde entonces, San José le comunicó el sentimiento de sus dos grandes amores: Jesús y María, y con ellos las virtudes y la santidad.

Teresita fue una niña alegre, occurrence, simpática y siempre risueña. Vivió una infancia feliz. Creció en un ambiente familiar profundamente católico en el que diariamente se rezaba el Santo Rosario en torno a una imagen de la Inmaculada. Desde muy pequeña aprendió a amar a la Santísima Virgen María. De ahí en adelante su vida fue una unión constante con Ella a quien amorosamente llamaba “madrecita”.

Cuando tenía tan solo 10 años de edad, pidió a sus padres le permitiesen asistir a unos Ejercicios Espirituales. Estando en aquel retiro escribió en su diario “he decidido ser santa”, aspiración que se convirtió en el gran propósito de su Vida.

A sus 14 años ingresó en la Congregación Mariana. Allí se consagró a la Virgen María. En su medalla eligió la inscripción: “Madre mía, que quien me mire te vea”, frase que la acompañará toda su vida. Cuando cumplió sus 17 años ingresó al convento de las Carmelitas de la Caridad.

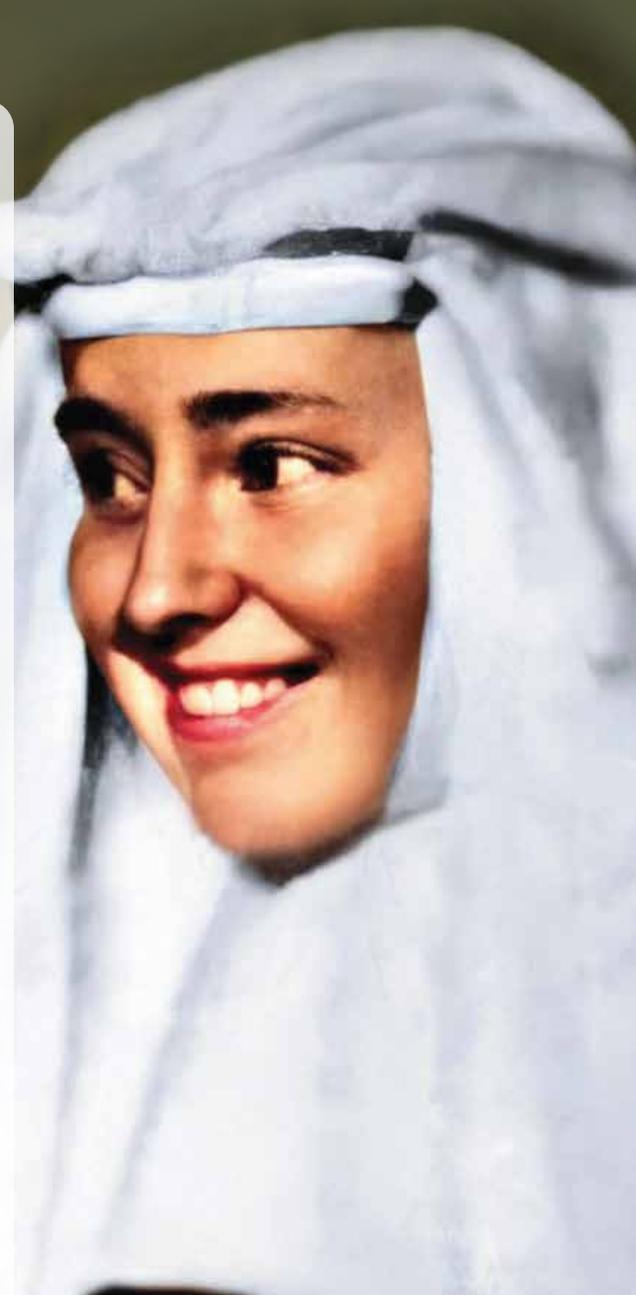
Su devoción tan grande a la Virgen la llevó a tener también una especial devoción al Glorioso Patriarca San José, a quien constantemente se encomendaba y de quien escribía: “Tengo muchísima devoción a San José, ¿Qué dirían Jesús y María si no quisiera a este Santazo?”. “Le he pedido muchas cosas y espero que me las conceda”.

Aquel inmenso amor a la Virgen le inspiraba amar lo que Ella amaba; y cuando miraba una estampa de San

José decía: “¡Cuanto lo quiero porque pienso que la Virgen lo quería mucho y yo quiero tener los mismos gustos que mi Madre!”

Teresita mostraba un inmenso amor a la Inmaculada; pero también expresaba su gran confianza en el casto esposo de la Virgen María. En sus apuntes personales escribía: “En la novena de San José le he pedido: Humildad, que me enseñe a amar a Jesús y a María como él los amó; perseverancia final junto con la perseverancia en este Santo Instituto donde me ha traído la Virgen; y cinco santas vocaciones entre las congregantes del colegio, que lo veo muy difícil, pero confío en Él...”

Durante su noviciado, su Padre, que era médico, le diagnosticó una meningitis tuberculosa; no había nada que hacer. Contando 19 años de edad, un Sábado Santo, le iba a llegar su fin. En su lecho de dolor hacía tiernas jaculatorias a la Virgen María: “Madrecita, quiero ser muy buena, quiero ir al cielo. ¡Madre mía, mil veces morir antes que ofenderte!... ¡Jesús, te amo por los que no te aman!” Finalmente, cuando sus hermanas creían no volver a oír más su voz, abrió los ojos y dirigiendo los brazos hacia arriba dio un fuerte grito: “¡Madre mía, ven a recibirme y llévame contigo al cielo!”. Pocos minutos después, murió. Era el 8 de abril de 1950.



Con razón
ERES AMADO



(Cant. 1,4)



Josefología

Dignidad y santidad de San José

“Grandezas sin igual después y en razón de las de ellos” dijo, con su acostumbrada penetración, el Papa León XIII: “Es José el esposo de María y padre putativo de Jesucristo. De aquí deriva su dignidad, su gracia, su santidad y su gloria. Ciertamente la dignidad de la Madre de Dios es tan alta que no es posible mayor. Pero siendo así que José está ligado a la Santísima Virgen con vínculo sponsal, no hay duda de que nadie se acercó tanto como él a aquella altísima dignidad por la que la Madre de Dios supera ventajosísimamente a todas las criaturas” (Quamquam Pluries, 18-VIII-1889).

La excelsitud de San José se mide, por lo tanto, por la de su condición y misión de esposo de la Madre de Dios y padre virginal y providencial de su Hijo Divino.

Y esta misma es la clave para vislumbrar las dimensiones incomparables de su gracia y santidad. Su misión sponsal y paternal las requería proporcionadas a las de la Virgen María y a las de Jesús. Y Dios da la idoneidad en proporción con el destino.

Pero, además, esta misma misión de íntima convivencia con la Virgen y con Jesús era una oportunidad inigualable de santificación.

Santo Tomás razona así a propósito de la santidad de la Virgen: “Cuanto algo más se allega al principio de un orden cualquiera, tanto más participa

de la eficiencia de ese principio. Ahora bien, Cristo es el principio de la gracia como autor de ella, por su divinidad, y como instrumento por su humanidad. La Virgen, por tanto, debió recibir de Cristo una plenitud de gracia mayor que la de todos los demás, pues fue cercanísima a su humanidad, ya que recibió de ella la naturaleza humana”. (Sum. Theol, III, q. 27 a.5).

Se impone la deducción de que, por análogo motivo, es decir, por su máxima cercanía a la Virgen y a Jesús, recibió San José la máxima plenitud de gracia y santidad, solo inferior a la de Ellos.

A propósito de la vida en Nazaret de Jesús, hace el Padre Lagrange esta fina observación: “Jesús volvió con ellos a Nazareth y les estaba sujeto. Lo estuvo así muchos años, cumpliendo a su lado la más dulce y alta obra: La santificación de María y de José”. (Del libro: “Evangelio de N. S. Jesucristo”, 44).

La convivencia familiar con la Virgen y con Jesús era para San José una promoción constante de santidad. Era el de ellos, sobre todo el de Jesús, un amor santificador. Jesús irradiaba gracia al amar. Hasta sus besos y sus sonrisas eran divinizadoras. ¿Quién podrá calcular el alcance santificador de la convivencia entre Jesús, María y José? Basta saber, para nuestro asombro, que santificaban a San José al amarlo y que se santificaba San José al amarlos.

De ahí la dignidad excelsa y la santidad eminente del Santo Patriarca.



Ejército Blanco

Síguenos en:



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>